

ESTEBAN MERCATANTE
MARTÍN NODA



ENTRE EL ESCEPTICISMO Y LA CATÁSTROFE INMINENTE

En la última *En defensa del marxismo*, Pablo Rieznik se propone realizar una vez más la ya clásica discusión entre reforma y revolución, planteado en los términos catastrofismo vs. reformismo¹, polemizando con Claudio Katz. En el debate que allí se inicia, los autores, lejos de intentar dar una visión más profunda de la realidad, se dedican a defender con trazo grueso sus posiciones. Mientras que Katz desarrolla otra variante de la ilusión gradualista, Rieznik le contesta con una visión del capitalismo que no da cuenta de las complejidades del proceso histórico. En ambas posiciones la realidad intenta ser acoplada a sus perspectivas políticas y no al revés.

Nos interesa enmarcar este debate en las reflexiones que viene realizando Katz sobre cómo establecer el socialismo hoy, sin dudas influidas por la moda del llamado “socialismo del siglo XXI”. Por otro lado, la respuesta de Rieznik, de tono polémico, termina prestándose a la caricaturización fácil del marxismo, y en ese sentido es una pobre defensa del materialismo histórico y la perspectiva de revolución. Como veremos, lo que Rieznik quiere mostrar como un debate entre reforma y revolución, termina siendo una reedición degradada de los debates del marxismo a comienzos del siglo XX, en los que se enfrentaban el evolucionismo bersteniano y la “teoría del derrumbe”, pero sin siquiera reparar que ambas teorías unilaterales han sido desmentidas por los acontecimientos históricos.

1. Katz escribe “Pasado y presente del reformismo”, en *Herramienta* N° 32, Rieznik “En defensa del catastrofismo” en *En defensa del marxismo* N° 34, y Katz responde en “Estrategias socialistas en América Latina”. Todos los artículos de Katz pueden consultarse en www.netforsys.com.ar.

1. CLAUDIO KATZ: UN SOCIALISMO SIN REVOLUCIÓN

Las reflexiones de Katz sobre el socialismo, dan por sentada la perspectiva de que el capitalismo está ingresando en una fase de crecimiento más o menos vigoroso. Aunque esto no está desarrollado en los textos que integran el debate, Katz remite a los argumentos que desarrolló en el año 2002 en “Etapa, fase y crisis”².

En ese entonces planteaba que “Si se observa el período inicial que siguió al *boom* de posguerra (1975-90) y el período posterior de repunte de la rentabilidad con mercados retraídos (1990-2001), resulta evidente que ambas fases presentan un color gris. Su tónica no está dominada por el blanco floreciente de posguerra, ni tampoco por el negro tenebroso de la entreguerra”³. Señala que “con la ofensiva perpetrada por el neoliberalismo se registró una recuperación de la tasa de ganancia que provocó una erosión del poder adquisitivo. Como consecuencia de este desequilibrio los rasgos configuratorios de una nueva etapa que aparecieron en varios planos no se han desarrollado”⁴. El límite que impedía afirmar que estamos frente a una nueva etapa de crecimiento capitalista, era que “estos cambios suponen la presencia de procesos de expansión económica que consoliden las transformaciones registradas en el sistema”⁵. El año 2002 todavía se daba en el marco de una etapa recesiva. Pero bajo la lógica con la que analiza los cambios en la economía mundial (que más adelante discutiremos), el crecimiento de los últimos podría marcar el asentamiento de una nueva fase, relativamente prolongada, de crecimiento capitalista -moderado pero continuado. Es decir todo un período largo donde el dominio del capital probablemente no se verá frente a grandes amenazas, por lo menos en su corazón, los países capitalistas más desarrollados.

LARGA TRANSICIÓN AL SOCIALISMO

Es en este marco teórico que Katz viene debatiendo en distintas elaboraciones, qué perspectiva hay para el socialismo y cuáles son las tareas a tomar hoy para construirlo. Da a entender que para que se pueda hacer la revolución, es necesario que el horizonte socialista vuelva a ser vislumbrado por las masas. Que para superar la situación actual, en que las luchas por mejoras inmediatas “se desarrollan sin expectativas anticapitalistas”⁶, la tarea del momento es reconstruir la perspectiva de un porvenir socialista.

2. “Capitalismo contemporáneo: etapa, fase y crisis” en www.netforsys.com.ar.

3. Ídem.

4. Ídem.

5. Ídem.

6. Katz, “Pasado y presente del reformismo”, op. cit.

Pero Katz piensa el socialismo separado de la revolución, al plantear que “comenzar la erección del socialismo implicaría sustituir la preeminencia de un régimen sujeto a las reglas del beneficio por otro regulado por la satisfacción de las necesidades sociales. Desde el momento que un modelo económico y político –guiado por la voluntad mayoritaria de la población– asuma estas características, empezaría a regir una forma embrionaria de socialismo”⁷. Para Katz, la transición al socialismo no implica necesariamente ni la expropiación de la burguesía, ni la destrucción de su Estado.

El derrotero que viene haciendo Katz, tiende a vaciar de sustento teórico sus elaboraciones. Su discurso se dirige cada vez más a fundamentar la perspectiva de una “transición socialista adaptada a las insuficiencias regionales”⁸. No hace referencia al derrocamiento revolucionario del capitalismo, sino que lo central es poner el acento “en las necesidades sociales”. Este es el punto de partida para proponer un socialismo sin revolución.

La mayor estabilidad en los países desarrollados lo lleva a cuestionar la posibilidad de expropiación de la burguesía en estos países en las próximas décadas. Por eso, pronostica que “una larga transición precederá al socialismo, al menos en la periferia”⁹, ya que ésta deberá sostenerse largo tiempo sin la ayuda de los países con mayor desarrollo de las fuerzas productivas. Es en este marco que plantea: “América Latina ocupa un lugar periférico en la estructura global del capitalismo, pero cuenta con sólidos recursos para comenzar un proceso socialista. Estos cimientos son comprobables en distintos terrenos: tierras fértiles, yacimientos minerales, cuencas hídricas, riquezas energéticas, basamentos industriales. El gran problema de la zona es el desaprovechamiento de estas potencialidades”¹⁰.

Katz se retrotrae a una discusión saldada por el siglo XX. ¿Cómo seguir discutiendo hoy –después de la revolución rusa o la revolución cubana– si la posibilidad de la revolución social depende o no del mayor o menor desarrollo regional de las fuerzas productivas o de los recursos naturales? Aunque un estado obrero aislado sea una eventualidad histórica que no puede excluirse en el futuro, tampoco puede teorizarse de antemano y definir las tareas de la transición socialista en este marco. Las medidas de esta transición –la que sólo puede comenzar con la dictadura del proletariado–, no pueden salir de un recetario de medidas previstas para cualquier Estado con cualquier estructura de clases. Por el contrario, surgirán de las limitaciones concretas de cada país para desenvolver su transición al socialismo, debidas a su estructura de clases determinada (derivada de una forma específica de desarrollo desigual y combinado) y no de las disposiciones de tales o cuáles recursos.

7. Katz, “Estrategias socialistas en América Latina”, op. cit.

8. Ídem.

9. Katz, *El porvenir del socialismo*, Bs. As, Imago Mundi, 2004, p. 128.

10. Katz, “Estrategias socialistas en América Latina”, op. cit.

¿QUÉ ESTRATEGIA PARA EL SOCIALISMO?

Para Katz el eje inmediato para la edificación socialista, no es otro que la redistribución “radical” de la riqueza. Para sostener la posibilidad de este programa, sin discutir la expropiación de la burguesía, Katz tiene que dedicarse a bucear en las perspectivas de que un sector reformista “radical” una filas con los socialistas: “Un empalme entre corrientes radicales y socialistas podría contribuir a dilucidar la relación contemporánea que existe entre la reforma y la revolución. Ambos caminos forman parte de un mismo proceso de lucha contra la opresión capitalista. No son senderos completamente ajenos, ni totalmente divergentes. Lo importante es saber distinguir los momentos de primacía de cada metodología”¹¹. Acá Katz pretende identificar la dinámica que caracteriza la lucha de masas, que partiendo de las reivindicaciones inmediatas pueden radicalizarse y pasar a la lucha revolucionaria, con la que pueden hacer algunas direcciones reformistas (las que él identifica como “radicales”). Esta operación le permite sacar la conclusión de que es posible que las direcciones “radicales” puedan conducir al socialismo, o dicho de otra forma, que las masas llegarán al socialismo con sus direcciones actuales, sin importar que estas sean burguesas o pequeño burguesas, mientras que sean “radicales”: “Cuando el margen para conciliar las exigencias populares con las tendencias regresivas del sistema se estrecha abruptamente, los reformistas enfrentan dos opciones: confrontar con los capitalistas o renunciar a las demandas. El verdadero cariz conservador o radical de cada corriente se clarifica en estas disyuntivas”¹².

¿NACIONALISMOS RADICALES O FARSA DE NACIONALISMO BURGUÉS?

Si pareciera ser que para Katz el reformismo radical no es un camino ajeno para luchar contra la opresión capitalista, un gobierno nacionalista que hace reformas medianamente radicales bien puede ser un gran aliado para el socialismo, que no vale la pena despreciar.

Katz trae a la memoria para apoyar sus argumentos la tradición del nacionalismo radical de América Latina, desde Martí y Zapata hasta Sandino, planteando que tiene puntos de contacto con el marxismo: “Todos los partidarios del socialismo del siglo XXI subrayan acertadamente que la liberación latinoamericana no será una copia de esquemas ensayados en otras latitudes. Destacan que la batalla por una sociedad igualitaria converge en la zona con tradiciones anti-imperialistas propias. Una línea histórica de nacionalismo radical –que se expresó en Martí,

11. Katz, “Pasado y presente del reformismo”, op. cit.

12. Ídem

Zapata o Sandino— comparte los cimientos del proyecto emancipatorio con varias corrientes del marxismo”¹³.

Por supuesto que el nacionalismo radical de Sandino, Zapata, etc., no solo no tiene nada en común con el que Katz llama “nacionalismo conservador”, sino que, tanto en su discurso como en sus actos, intentó superar las limitaciones impuestas por el cipayismo de las burguesías latinoamericanas. Sin embargo, lo que Katz no plantea es por qué, a pesar de haberse enfrentado con las armas a la injerencia norteamericana y a sus agentes locales, estas iniciativas fracasaron. Por ejemplo, a principios de los ‘30 Augusto Sandino derrotó a los norteamericanos obligándolos a retirar a los marines. Sin embargo, depuso las armas frente al gobierno de Juan Bautista Sacasa, quien había puesto como jefe de la Guardia Nacional (que reemplazaba a los marines) a Somoza. Al poco tiempo Somoza manda a asesinar a Sandino cuando éste salía de cenar con el presidente. A Katz se le olvida que este nacionalismo radical fue derrotado porque, al no plantear una salida de clase, terminó entregando el poder a las burguesías nacionales que una vez “controlada la situación”, se aliaron nuevamente con el imperialismo. Y que mostró tempranamente que sólo un programa socialista, anclado en la clase obrera, puede superar estos límites y llevar hasta el final las tareas que estos dejaron incumplidas. En ese sentido, Trotsky planteaba que “hay que culminar la obra de Emiliano Zapata”, lo cual significaba extraer las lecciones de las derrotas de esas importantes luchas para lograr una verdadera emancipación nacional y social. Para Trotsky terminar la obra de Zapata era hacer una revolución encabezada por la clase obrera, y no seguir apostando a la “radicalidad” de alguna corriente burguesa, como aliado para encarar una “transición socialista adaptada a las insuficiencias regionales”.

¿VENEZUELA PUEDE SER CUBA CON CHÁVEZ?

Recapitulemos. Katz retoma en el actual panorama latinoamericano y en el debate del socialismo del siglo XXI, la línea histórica de los nacionalismos radicales. Por otra parte, plantea que en Venezuela se verifica una “disputa entre tendencias a la radicalización y al congelamiento del proceso bolivariano”¹⁴. Por último, recordemos, los reformismos y —por qué no— los nacionalismos radicales, “no son senderos completamente ajenos, ni totalmente divergentes”. La operación está completa: en Venezuela puede darse una transición al socialismo.

Para Katz, Venezuela “se ha convertido en un terreno fértil para desenvolver un proceso socialista [porque] lo esencial es el nivel de conciencia popular. Se han forjado nuevas convicciones antiliberales y antiimperialistas”.

13. Katz, “Estrategias socialistas en América Latina”, op. cit.

14. Ídem.

Según él, “el dilema socialismo versus neo-desarrollismo se procesa [...] Es el conflicto que han afrontado otros procesos nacionalistas y que tuvo un desemboque positivo en la revolución cubana y desenlaces regresivos en muchos otros casos”¹⁵.

Katz apela a la experiencia histórica de la revolución cubana, excepcional, para sostener su apoyo a Chávez. En otro trabajo, hemos planteado que la revolución cubana fue una revolución de contragolpe. Aunque el Movimiento 26 de Julio –de composición principalmente pequeñoburguesa– concebía que su objetivo era terminar con Batista e imponer la democracia en Cuba, fue superado por la velocidad de los acontecimientos: “La dirección guerrillera se encontró de pronto con la desertión y hostilidad abierta de la burguesía cubana. Fidel Castro y su movimiento, que hasta ese momento intentaban actuar como árbitros entre las clases, quedan sujetos a la marea de la revolución. Inaugura entonces una dinámica de contragolpe, oponiendo a cada medida del imperialismo y la burguesía, una contramedida revolucionaria, apelando a la movilización de las masas obreras y campesinas que expresaban un auténtico interés por la revolución”¹⁶.

Como en otras ocasiones históricas, un movimiento con rasgos nacionalistas y de origen pequeñoburgués, fue más allá tironeado entre las masas y el imperialismo, Katz afirma que hoy se puede esperar que el gobierno de Chávez siga la misma dinámica. Se le pasa por alto que la política de Chávez, frente a la hostilidad de los sectores más reaccionarios, ha sido permanentemente la conciliación. También, que, aunque a veces apele a un cierto grado de movilización, intenta por todos los medios contener al movimiento de masas y subordinarlo, cuestionando por ejemplo, la autonomía de los sindicatos. Y que lejos de ir a un choque con el gran capital imperialista que controla los resortes fundamentales de la economía de Venezuela, está intentando negociar mejores términos de asociación con el mismo, haciendo en algunos casos jugosas concesiones, como en el caso de las sociedades mixtas¹⁷. Es decir, un derrotero opuesto por el vértice al camino que se vio obligado a tomar en Cuba el M26.

La apelación a la definición de nacionalismo radical para hacer referencia al gobierno de Chávez es completamente embellecedora. Chávez ni siquiera llega a los modestos pasos de búsqueda de una cierta autonomía nacional y concesiones a las masas dados por Perón en Argentina o Lázaro Cárdenas en México. Mucho menos tiene que ver con la radicalidad de los movimientos como el de Zapata o Sandino. Que esté planteado culminar la obra

15. Katz, “Socialismo o neodesarrollismo”, op. cit.

16. Dunga y Aguirre, “La revolución permanente en Cuba” en *Estrategia Internacional* N° 20, septiembre 2003.

17. Como planteamos, en esta misma revista, Matías Maiello, “Chávez, Perón, y el ‘socialismo del siglo XXI’”.

de Emiliano Zapata no significa, de ninguna manera, que haya que culminar la de un Perón ni mucho menos la de un Chávez.

¿COMENZÓ LA TRANSICIÓN AL SOCIALISMO EN VENEZUELA?

Luego de plantear que los tironeos que se dan actualmente en Venezuela pueden desembocar en un proceso como el de Cuba, Katz parece dar por sentado que éste ya está en marcha. Este paso lo da en el debate entre los proyectos de integración en América Latina, al afirmar que “los opresores diagraman su horizonte en función de la tasa de beneficio y los socialistas podrían formular su opción en términos de cooperación y complementariedad económica. Este es el sentido de contraponer el ALBA con el ALCA o el MERCOSUR”¹⁸.

Para Katz, “el ALBA introduce principios de complementación y solidaridad opuestos a la competencia y el libre comercio [...] proyecta hacia América Latina los avances sociales introducidos en Venezuela a partir de cierta distribución de la tierra, créditos a las cooperativas y una significativa extensión de los servicios educativos y sanitarios”¹⁹. Es decir, un moderadísimo programa de reformas, acompañado de elementos de socialismo pequeñoburgués. Para trazar un “porvenir socialista en América Latina”, Katz reivindica como ejes la realización de algunos planes de coordinación entre pequeñas cooperativas y el uso de un pequeñísimo porcentaje de la renta petrolera para medidas de cooperación con Cuba y otros Estados. Hay dos opciones: o se ha olvidado de la crítica que él mismo realizaba al cooperativismo en *El porvenir del socialismo*, de que éste no puede ser base para una transición al socialismo en los marcos de la economía capitalista, o tenemos que suponer que Venezuela ya ha comenzado esta transición. Toda la lógica de Katz hace pensar que se inclina por esta segunda opción.

¡Llamativa la transición al socialismo! Venezuela estaría siguiendo el camino de Cuba pero sin revolución, es decir sin destrucción del Estado burgués y sin terminar con la propiedad privada de los medios de producción. Peor aún, mientras en Cuba el ejército burgués fue completamente derrotado y destruido, en Venezuela es un pilar del régimen, y se fortalece día a día. Terminamos en una “transición al socialismo” en la que juega un rol clave la política orquestada desde el propio Estado burgués.

Katz encuentra un socialismo donde no hay más que una farsa de los nacionalismos burgueses de la primera mitad del siglo XX. Por eso, su visión lo lleva en camino opuesto de las verdaderas tareas para preparar hoy la transición al socialismo: pelear por la mayor independencia política de la

18. Katz, “Socialismo o neodesarrolismo”, op. cit.

19. Katz, *El rediseño de América Latina*, Bs. As., Luxemburg, 2006, p. 13.

clase obrera, dotando de un programa revolucionario a los sectores que sacan las lecciones más avanzadas en el marco de la actual “lucha por reformas” que reivindica Katz, uniendo las reivindicaciones de los trabajadores y el conjunto de los oprimidos en una lucha común, contra el imperialismo y sus aliados, las burguesías latinoamericanas. Sólo puede pensarse un verdadero *porvenir socialista*, peleando por que la clase obrera pueda articular una alianza de clases que permita atacar de raíz los males generados por el capitalismo, planteando su superación revolucionaria. Es la vía de ganar a los sectores expoliados por el capital, bajo la hegemonía de la clase obrera.

2. CATASTROFISMO O MARXISMO

Si Katz se desliza hacia posiciones cada vez más reformistas, flaco favor le hace al marxismo revolucionario la respuesta de Rieznik. Éste hace una defensa del catastrofismo como eje central de la concepción marxista. Aunque denuncia correctamente la lógica evolutiva que está implicada en las posiciones de Katz, termina identificando el marxismo con la predicción de la catástrofe siempre inminente, deslizándose del materialismo histórico a su versión caricaturizada.

¿MARX CATASTROFISTA?

El eje central del texto de Rieznik es que todos lo que, como Katz, no son catastrofistas, se deslizan hacia el reformismo. Plantea que la defensa de la revolución es equivalente a la defensa del catastrofismo. Para poder hacer esto, debe plantear que Marx era catastrofista: “El Manifiesto Comunista de 1848 se coloca en el terreno del ‘preludio inmediato de la revolución proletaria’ [...] El catastrofismo de Marx se despliega a partir de la conciencia sobre la ‘inminencia de la revolución’”²⁰.

Rieznik parte de un hecho real: que Marx veía en 1848 a la revolución como un hecho inminente. Si la afirmación anterior estuviese planteada para analizar el posicionamiento de Marx ante esa revolución, poco tendríamos para objetar. Pero el término catastrofista es utilizado como definición general y por ende utilizado para definir al marxismo: “La conciencia ‘catastrofista’, inclusive concebida como inminencia de la revolución, es un rasgo distintivo original del marxismo, de su concepción del hombre y la historia. Marx y Engels fundan esa concepción, la que dominará luego toda su práctica intelectual, política y militante, como un discurso de la revolución. Es lo que pone de relieve el español Ciro Mesa, en un estudio reciente muy interesante y más que recomendable: ‘sus escritos (los de

20. Rieznik, op. cit.

Marx) se encuentran atravesados por el pensamiento de que la revolución está a la vuelta de la esquina, de que puede acontecer en el instante siguiente”²¹.

El catastrofismo es defendido entonces con el siguiente razonamiento: como la catástrofe está a la “vuelta de la esquina” también lo está la revolución. Esta dinámica, en la que la revolución siempre está cerca, es lo que definiría al marxismo. Y como la catástrofe es recurrente, y es la base de la revolución, es el único momento que existe en la realidad. La historia es entonces la sucesión cronológica de catástrofes, en la que no hay cambios en la situación. Pero si esto es así, el análisis de la realidad se convierte en la constatación abstracta de la catástrofe. Y el materialismo histórico, el análisis concreto de situaciones concretas, pierde todo sentido.

ESTABILIDAD Y CRISIS DEL CAPITALISMO

Marx, sin duda, logró captar la crisis como un momento necesario e inevitable en el movimiento contradictorio del capitalismo. La circulación del capital enfrenta riesgos a cada paso. Por ejemplo hay ramas económicas que no pueden vender su producción a pesar de que haya crecimiento. También puede ser que haya crisis porque el capital queda inmovilizado sin producir al faltar materias prima claves (o porque los trabajadores se declaran en huelga). Estos son sólo algunos ejemplos de elementos de crisis parcial, que se dan constantemente a nivel de ramas, o de empresas particulares, incluso en épocas de bonanza.

En ese sentido, es innegable que la crisis –parcial– es un fenómeno que acompaña casi permanente el devenir del capital. Pero esto no es lo mismo que la crisis generalizada, que desnuda todas las miserias que el capitalismo tiene para ofrecer a las masas, y puede incluso conducir a la bancarrota a sectores importantes de los capitalistas.

Pero incluso la crisis generalizada no es más que un momento dentro del movimiento de la economía capitalista. Aunque el momento de la crisis puede abrir paso a una crisis revolucionaria, esto es sólo en caso de ser aprovechada por la lucha revolucionaria de los trabajadores: “Esta mecánica interna del desarrollo capitalista a través de la incesante alternancia de crisis y *boom* es suficiente para mostrar cuán incorrecta, unilateral y anticientífica es la idea de que la actual crisis, a la vez que se agrava, deba prolongarse hasta que se establezca la dictadura del proletariado, independientemente de si esto sucede el año que viene, o en tres años o más, a partir de hoy”²². Porque ninguna crisis se extiende de manera indefinida, y si no logra ser aprovechada, la burguesía eventualmente logra salir del borde

21. Ídem.

22 . Trotsky, “Flujos y reflujos” en *Naturaleza y dinámica del Capitalismo y la economía de transición*, Bs. As., CEIP, 1999, p. 65.

del abismo. El pensamiento de Marx permite comprender este pasaje de la crisis a la estabilidad, aunque ésta no sea más que precaria y relativa y prepare nuevas crisis futuras.

Por eso, aunque el pensamiento de Marx incorpora la dimensión de la catástrofe, y ésta es un momento clave para la política revolucionaria, es captada como parte de un movimiento más general. Esta concepción sirve explicar situaciones concretas de forma concreta: permite ver que hay momentos, como 1848, de crisis catastróficas, momentos en los que la revolución está cerca y debemos estar preparados para ella. Y momentos en que el capitalismo logra una estabilización o equilibrio inestable, aunque las contradicciones del desarrollo capitalista permitan prever nuevas crisis futuras.

LA OMISIÓN DE RIEZNIK

“Luego de la incumplida revolución del ‘50 [...] tanto Marx, como Engels, siguieron siendo ‘catastrofistas’ [...] El catastrofismo, este catastrofismo, está unido umbilicalmente a las concepciones de un socialismo riguroso, científico, revolucionario. Siempre fue así y siempre lo será”²³. Para Rieznik, la crisis, concebida como catástrofe, no es un momento (válido) de la realidad, sino algo constante. Y este entumecimiento del pensamiento se lo endilgan al propio Marx, falseando y ocultando su recorrido teórico y político.

La visión de Marx era que en 1848 la revolución era inminente. Su concepción le permitía captar el momento de la crisis como algo concreto. Y de este análisis desprendía determinadas tareas políticas. Por poco más de un año (1849 y principios de 1850), Marx, al igual que muchos otros, opinaba que el triunfo de la contrarrevolución²⁴ no sería duradero, que se avecinaba una nueva oleada revolucionaria. En el exilio de Londres intenta entonces, junto con otros dirigentes que fueron llegando en los últimos meses de 1849, reorganizar la Liga de los Comunistas y prepararse para la revolución.

Marx dedica sus principales esfuerzos a la creación de un periódico político y económico: la *Nueva Gaceta Renana*. En este periódico se publican, por ejemplo, una serie de artículos que son conocidos como *Las luchas de clases en Francia*, y tres importantes análisis de la coyuntura económica y política internacional. Los dos primeros (escritos entre enero y abril) consideran que el nuevo estallido revolucionario es inminente y esta idea preside la reorganización de la Liga, como se plantea en la circular del Comité central de marzo 1850.

23. Rieznik, op. cit.

24. “La victoria reaccionaria en París el 13 de junio es la primera de una serie que consagra, en el verano de 1849, el triunfo de la contrarrevolución en toda Europa. El 30 de Junio cae la república romana. El 23 de julio capitulan en Rastatt los restos del ejército

Hasta aquí podría decirse que la visión de Rieznik es fiel a la historia. Pero todo se acaba si vemos qué ocurrió después con la Liga de los Comunistas. Los “primeros pasos de reorganización de la Liga se ven rápidamente contrarrestado por dos factores: la intensificación de la acción represiva contra los focos subsistentes de las derrotadas fuerzas democráticas y obreras; la grave escisión que sufre la liga en septiembre [de 1850]. El conflicto surge a consecuencia de la conclusión a que llegan Marx y Engels en el verano de 1850, después de investigar más a fondo la coyuntura económica internacional, de que no puede esperarse para lo inmediato el nuevo estallido revolucionario”²⁵.

Lejos de los planteos de Rieznik de que Marx “siguió siendo catastrofista”, Marx cambió su caracterización sobre la inminencia de la catástrofe y de la revolución, sin que esto signifique que haya cambiado su concepción del hombre y de la historia. Pero este cambio en la caracterización fue cuestionado por un sector de la Liga que opinaba que un nuevo ascenso revolucionario era inminente y que lo que debía pensarse era la forma de organizar victoriosamente la insurrección. Estas diferencias llevaron a la ruptura de la Liga de los Comunistas. Así, el cambio en la caracterización, tuvo consecuencias políticas, al igual que las tiene mantener la idea de que la catástrofe está a la vuelta de la esquina por la simple constatación teórica de que las contradicciones del capitalismo son insalvables.

El planteo de Marx, al poner de manifiesto que mientras durase el crecimiento era imposible la revolución, fue interpretado como una renuncia a la misma: “Nos llaman reaccionarios –dice Marx en su intervención ante el Comité del 15 de septiembre de 1850– a fin de hacernos impopulares”²⁶. Con sus planteos de que el capitalismo “en cualquier momento puede caer”, el PO parece estar cerca del sector de la Liga que seguía manteniendo la caracterización de 1848.

METAFÍSICA DE LA CATÁSTROFE

Con esto vemos que Rieznik, para justificar el catastrofismo de Marx, debe falsear la realidad. Su afirmación de que quien no es catastrofista no es revolucionario cae por el peso de la historia. Esto es la consecuencia de transformar la catástrofe en “la concepción del hombre y de la historia”, de transformar el materialismo histórico en metafísica de la catástrofe.

Rieznik plantea que “Marx retomó así para su propia cosecha lo mejor de la filosofía de Hegel en la cual se había formado”. Esto es completamente

revolucionario de Baden y el Palatinado, a fines de ese mes entran los croatas en Prest, Kossuth dimite y huye de Hungría, el 13 de agosto el ejército húngaro capitula ante los rusos en Villanos y el 22 de agosto sucumbe el último reducto de las revoluciones del 48: la república de Venecia”. Claudín, *Marx, Engels y la revolución de 1848*, Madrid, Siglo XXI, 1985 p. 226.

25. Claudín, op. cit. p. 229.

26. Citado en Claudín, op. cit., p. 230.

correcto, aunque nosotros agregaríamos que lo hizo críticamente. Por ejemplo, le criticaba que en su análisis de la monarquía constitucional, “No dice que la voluntad del monarca sea la decisión última, sino que la decisión última de la voluntad es el monarca”²⁷. Esto convertía al análisis de Hegel en un axioma metafísico.

Rieznik, en su afán polémico, parece haber tomado alguno de los vicios de Hegel. Veamos por qué: “La catástrofe del capital, o lo que es la tendencia a la disolución social que implica su existencia más allá de las premisas que lo tornaron un fenómeno histórico necesario (y episódico entonces a la escala de la Historia), es lo que Marx llamó la labor del viejo ‘topo’, precisamente porque es la destrucción del capital que se prepara como resultado de las leyes de movimiento, desarrollo... y descomposición del propio capital”²⁸.

Pero para Marx la labor del viejo topo no es otra cosa que la lucha de clases²⁹. En Rieznik el viejo topo no es la lucha de clases dentro de ciertas posibilidades económicas, históricas y sociales, sino que lo transforma en la catástrofe del capital³⁰. Lejos de esto, la historia y las revoluciones son producto de la actividad de los hombres y no de la catástrofe: “Los hombres hacen su propia historia, pero no la hacen a su libre arbitrio, bajo circunstancias elegidas por ellos mismo, sino bajo aquellas circunstancias con que se encuentran directamente, que existen y les han sido legadas en el pasado”³¹.

NO PERDER EL CAMINO

Parece que para el PO, la pérdida del horizonte de la crisis revolucionaria es el único o principal riesgo al que se enfrentan los revolucionarios. Entonces, nada mejor que verlas en todo momento como algo inminente: “Plantear entonces que este sistema camina al borde del precipicio y en cualquier momento puede caer, ayuda a dar cuenta de que la revolución es posible y no sólo eso, sino que ‘puede acontecer al instante siguiente’. Por

27. Marx, “Crítica del derecho del Estado de Hegel”, en *Escritos de juventud*, México DF, Siglo XXI, 1982, p. 338.

28. Rieznik, op. cit.

29. “La revolución es radical. [...] Lleva primero a la perfección el poder parlamentario, para poder derrocarlo. Ahora, conseguido ya esto, lleva a la perfección el poder ejecutivo, lo reduce a su más pura expresión, lo aísla, se enfrenta con él, como único blanco contra el que debe concentrar todas sus fuerzas de destrucción. Y cuando la revolución haya llevado a cabo esta segunda parte de su labor preliminar, Europa se levantará, y gritará jubilosa: ¡bien has hozado, viejo topo!”. Marx, *El 18 Brumario de Luis Bonaparte*, Bs. As., Siglo 22, 2000, p. 87.

30. Podríamos decir que Rieznik, convierte todos los atributos del “viejo topo” en autodeterminaciones absolutas *del derrumbe del capital*. No dice que de las contradicciones del sistema surge el proletariado como sujeto capaz de destruir al capital, sino que “La catástrofe del capital [...] es lo que Marx llamó la labor del viejo ‘topo’”.

31. *Ibidem*, p. 13.

ende el discurso del derrumbe sirve a la unidad y a la lucha, y el de los desequilibrios... a la desmoralización”³². El catastrofismo es la guía que deben tener los revolucionarios para su acción. De esta forma se convierte en una zanahoria delante del caballo para que no pierda el camino.

Pero además, el PO tiende a presuponer que crisis económica significa revolución. Pero como ya señalaba Gramsci: “Otra cuestión es la de determinar si las crisis históricas fundamentales son provocadas inmediatamente por las crisis económicas. [...] Se puede excluir que las crisis económicas produzcan, por sí mismas, acontecimientos fundamentales; sólo pueden crear un terreno más favorable a la difusión de ciertas maneras de pensar, de plantear y resolver las cuestiones que hacen a todo el desarrollo ulterior de la vida estatal. [...] En todo caso, la ruptura del equilibrio de fuerzas no ocurre por causas inmediatas de empobrecimiento del grupo social que tiene interés en romper el equilibrio y de hecho lo rompe”³³.

El catastrofismo no sólo es una “zanahoria” que desvirtúa el papel del marxismo para explicar la realidad, sino que hace perder el eje de la actuación de los revolucionarios, que es la organización política de los sectores de vanguardia del proletariado, en estrecha relación con las masas obreras, para poder intervenir revolucionariamente cuando efectivamente sobrevienen momentos de crisis. Y plantea todo tipo de peligros, porque como alertaba Trotsky, en momentos en que la clase obrera viene golpeada y falta unión de sus filas, “una crisis prolongada, aunque sin ninguna duda hubiera aumentado el resentimiento de las masas trabajadoras (especialmente de los desocupados y los subocupados), sin embargo, simultáneamente, hubiera tendido a debilitar su actividad, porque ésta está íntimamente ligada a la conciencia de los obreros de su rol irremplazable en la producción”. Por eso, la vulgarización catastrofista puede conducir a todo tipo de desviaciones³⁴.

LA TEORÍA DEL DERRUMBE

Ya hemos visto que la posición catastrofista que Rieznic le atribuye a Marx es incorrecta, ya que Marx analiza concretamente la situación del capitalismo, definiendo el momento como de crisis o de bonanza según la realidad. También vimos que en la polémica, Rieznic tiende a una metafísica de la catástrofe, que se transforma en un discurso para fundamentar la construcción y la práctica del PO. Por último, vimos como Gramsci afirma que la catástrofe económica no es lo que necesariamente produce acontecimientos fundamentales, y Trotsky que bajo ciertas circunstancias puede

32. Rivas, “En defensa del catastrofismo”, *Prensa Obrera* N° 976.

33. Gramsci, *Notas sobre Maquiavelo*, Bs. As., Nueva Visión, 1984, pp. 60/61.

34. En el caso de PO, lo lleva a la primacía de las luchas económicas por mejoras inmediatas, sin preocuparse por su desarrollo hacia luchas políticas, ya que la inminencia de la revolución, las transformaría en directamente revolucionarias.

debilitar al proletariado. Entonces, aunque es correcto criticar la visión evolutiva y el giro reformista de Katz, poco ayuda abrazar un catastrofismo para toda época.

Lo que es fundamental dejar en claro es que el catastrofismo tampoco es en sí mismo reaseguro de ninguna posición revolucionaria. La teoría del derrumbe no está de ninguna manera asociada exclusivamente a las tendencias y prácticas revolucionarias. Por empezar ¿cuál es la teoría del derrumbe que reivindica Rieznik? ¿Será la visión mecanicista de Kautsky, la que proponía Rosa Luxemburgo? Nunca lo dice. En ningún momento, cuando nos plantea que la teoría del derrumbe está “en el alma del marxismo”, aclara a qué está haciendo referencia concretamente.

Esto no es algo menor. No se puede olvidar que el propio Kautsky hizo suya esta teoría e incluyó la idea del declive económico y del derrumbe en el Programa de Erfurt. Pero en Kautsky, esta noción va acompañada sin fisuras por la convicción de que el eje de la lucha política del proletariado pasa en lo inmediato no por destruir el Estado burgués y establecer la dictadura del proletariado, sino por la acción parlamentaria, como muestra en sus comentarios al programa: “La clase obrera, al igual que todas las otras clases, debe tratar de ejercer influencia sobre las autoridades estatales, para que éstas tengan que actuar a favor de ella. [...] Cuando el proletariado se dedica, como clase consciente de sí, a la actividad parlamentaria, el parlamentarismo comienza a cambiar de carácter. Deja de ser un mero instrumento en manos de la burguesía [...] Es la palanca más poderosa para liberar al proletariado de su degradación económica, social y moral”³⁵. O sea, que aunque Kautsky afirma que “las fuerzas irresistibles de la economía se dirigen inexorablemente al naufragio de la producción capitalista”³⁶ prescribe una práctica evolutiva y reformista. Por eso se puede entender que en el debate con las posiciones revisionistas de Bernstein³⁷, no hay divergencias en la práctica inmediata.

Así como la de Kautsky era una definición abstracta y carente de significado inmediato, acompañada de una actividad rutinaria que no conducía a ninguna ruptura con el régimen burgués, la metafísica de la catástrofe de Rieznik termina también careciendo de cualquier significado inmediato, y no necesariamente “sirve a la unidad y a la lucha” revolucionaria. Porque el

35. Kautsky, *Notas al programa de Erfurt*, traducido de la versión inglesa de www.marxists.org.

36. Ídem.

37. Bernstein sostenía que el fin de la larga depresión y los cambios del capitalismo – el crecimiento de los monopolios, el desarrollo mundial de los mercados y la mayor gravitación del sistema de crédito– demostraban que éste era capaz de resolver su tendencia la crisis. Planteaba entonces que el eje de la actividad socialdemócrata no pasaba por la destrucción del Estado burgués sino por la conquista de mejoras y la mayor representación política de la clase obrera en las instituciones parlamentarias.

catastrofismo plantea dos alternativas: o se es consecuente con él, y se reedita una lógica de la ofensiva permanente y sin tregua a un capitalismo que estaría siempre ante la inminencia de la crisis o, para sostener una cierta cordura de la práctica, se establece una separación entre el diagnóstico y la acción, entre la economía y la política. Pero entonces el marxismo pierde ya todo atisbo de cientificidad. Si Rieznik afirma –con bastante razón– que Katz se desliza hacia el socialismo utópico, podríamos decir que Rieznik amenaza deslizarse a un utopismo catastrofista.

Es verdad que las distintas versiones de la “Teoría del derrumbe” parten correctamente del hecho que las crisis son producto de las contradicciones del sistema y que por ello son inevitables³⁸. Aunque ven que existen contratendencias, opinan que éstas sólo retrasan la crisis, haciendo más explosiva la situación. Esto vale tanto para las crisis cíclicas, como para las de más largo plazo. De esto desprenden que en cada crisis, sea coyuntural o no, se expresan las tendencias del capitalismo a su disolución. Y que aunque se logre salir de una crisis, el resultado es siempre un nuevo ciclo más convulsivo. Por último, que cuando es imposible salir de esa crisis, es una crisis terminal, el derrumbe del capitalismo.

Es verdad que las crisis suelen expresar las contradicciones más profundas del capitalismo. En ese sentido Trotsky decía que las crisis cíclicas son un fenómeno derivado, una manifestación. Pero también relativizaba sus alcances, en el sentido de que el capitalismo se mueve necesariamente a través de crisis, que éstas son equivalente a los latidos del corazón. Pero esta analogía con los organismos vivos, tiene también otra implicancia. Los ciclos no son siempre iguales: no era lo mismo el desenvolvimiento del capitalismo en la época de Marx (que señalo que los ciclos tenían aproximadamente 10 años) que en el momento en que Trotsky escribía, de profundas y agudas convulsiones. Cada momento del capitalismo, plantea ciclos más “estables” o más convulsivos. Por esto es necesario enmarcar las crisis dentro de una concepción más abarcativa de desenvolvimiento del capitalismo.

3. ¿DERRUMBE VS. GRADUALISMO, O DECLINACIÓN?

Katz apoya sus apologías del socialismo del siglo XXI en una visión gradualista. Se prepara para un periodo en el que la crisis y la revolución salen de la escena de los países centrales y en el que, por ende, se va a dar una larga transición al socialismo en la periferia. El crecimiento de los

38. Una de las diferencias entre las distintas corrientes de la “teoría del derrumbe” es tener una teoría de las crisis distinta. Respecto a esto existen varias visiones unilaterales, por ejemplo el subconsumismo de Rosa Luxemburgo. Pero como Rieznik no se pronuncia por ninguna interpretación en particular y simplemente hace una defensa de trazo grueso

últimos 5 años lo animó a apoyar cada vez más decididamente la perspectiva de que podría haber varios años de mini *boom*, que reedite en pequeña escala el que se dio en la posguerra. Al centrar su análisis en la dinámica del capital, donde el horizonte más cercano al socialismo hoy son las “luchas por mejoras” y el publicismo socialista, no hay en Katz un horizonte de ruptura.

Se le pierde que el capitalismo no empieza cada ciclo de acumulación desde cero, sino que sufre una maduración y envejecimiento. Por eso Trotsky planteaba: “Las crisis y los *booms* son propios del capitalismo desde el día de su nacimiento; le acompañarán hasta la tumba. Pero para definir la edad del capitalismo y su estado general, para establecer si aún está desarrollándose, o si ya ha madurado, o si está en decadencia, uno debe diagnosticar el estado de los ciclos, tal como se juzga el estado de un organismo humano, según como respira, tranquila o entrecortadamente, profundo o suave, etc.”³⁹.

Katz sobreestima las capacidades del capitalismo para regenerar las bases de su acumulación por medios pacíficos. Ya Trotsky respondía en los treinta a los que en su época teorizaban contra los colapsos: “La vida del capitalismo monopolista de nuestra época es una cadena de crisis. Cada una de las crisis es una catástrofe. La necesidad de salvarse de esas catástrofes parciales por medio de murallas aduaneras, de la inflación, del aumento de los gastos gubernamentales y de las deudas prepara el terreno para otras crisis más profundas y extensas. La lucha por conseguir mercados, materias primas y colonias hace inevitable las catástrofes militares. Y todo ello prepara ineludiblemente las catástrofes revolucionarias. Ciertamente no es fácil convenir con Sombart en que el capitalismo actuante se hace cada vez más ‘tranquilo, sosegado y razonable’. Sería más acertado decir que está perdiendo sus últimos vestigios de razón. En cualquier caso no hay duda de que la ‘teoría del colapso’ ha triunfado sobre la teoría del desarrollo pacífico”⁴⁰. Comentando este texto de Trotsky, planteamos en *Estrategia Internacional*: “en su caso, la ‘fase catastrófica’ no está limitada a la crisis de la economía. Su ‘teoría del colapso’ es entendida no como un catastrofismo meramente económico sino como la concatenación de catástrofes económicas, militares y revolucionarias, es decir una articulación entre crisis, políticas de Estados (hegemonía) y lucha de clases”⁴¹.

Como Katz da la espalda a esto, está fuera de duda que Rieznic está en lo cierto cuando afirma que se transforma en un “agrimensor del capital”. Una especie de nuevo Sombart, esta vez “socialista”, que niega toda “teoría del colapso”.

de la teoría del derrumbe, se hace imposible saber cuál es la dinámica que plantea para las crisis. Sin embargo, el énfasis que distintos artículos del PO ponen en la caída de la tasa de ganancia, lo emparenta a la visión de Grossmann y Mattick.

39. Trotsky, “La situación mundial”, en *Naturaleza y dinámica...*, op. cit., p. 46.

40. Trotsky, “El marxismo y nuestra época” en *Naturaleza y dinámica...*, op. cit. p. 184.

41. Albamonte y Romano, “Trotsky y Gramsci, convergencias y divergencias” en *Estrategia Internacional* N° 19, enero 2003.

DECLINACIÓN CAPITALISTA E IMPERIALISMO

Trotsky planteaba en 1937 que en: “los últimos 20 años [...] a pesar de las recientes conquistas de la ciencia y la tecnología, ha empezado decididamente la época de estancamiento e incluso de declinación” del capitalismo. Por eso concluía que se ha transformado “de régimen relativamente reaccionario en régimen absolutamente reaccionario”⁴². No porque no pueda seguir creciendo, sino porque incluso cuando lo logra, los costos sociales son ampliamente mayores que los beneficios. Para lograr un respiro y perpetuarse más allá del siglo XX, fue necesaria la destrucción por parte de la potencia hegemónica de sus competidores, y fuertes ataques al proletariado.

Por eso Trotsky planteaba que el capitalismo había entrado en su etapa de declinación. El “envejecimiento”, la declinación del capitalismo, tiene que ver con el hecho de que las relaciones de valor tienen una base más estrecha. La ley del valor, la ley básica del capitalismo, encuentra crecientes dificultades para desenvolverse automáticamente. Es esto lo que declina, lo que está por detrás de los esfuerzos cada vez más costosos del capitalismo por su sobrevivencia.

Al respecto, Hillel Ticktin plantea: “Es de destacar que el concepto de declinación no es sencillamente un argumento empírico sino que parte del punto de vista de que el capitalismo pasa por una serie de etapas y que la última de estas es de declinación. Es un período de declinación de la ley del valor, como ley básica del capitalismo, i.e. un período en el que ésta se vuelve crecientemente disfuncional y es remplazada por otros sustitutos. El imperialismo y el guerrerismo son en este sentido un resultado directo de esta declinación. [...] Nada de esto impide necesariamente el crecimiento del capitalismo, su expansión a nuevos terrenos, ni incluso el aumento del nivel de vida de la población. Sin embargo, hay una brecha creciente entre lo que es materialmente posible y lo que efectivamente se produce, y una tendencia también creciente hacia crisis prolongadas, que podrían o no ser terminales”⁴³.

El imperialismo, es decir el mayor entrelazamiento entre las corporaciones capitalistas, la primacía de los bancos y el capital financiero, y el desarrollo del guerrerismo por parte de las principales naciones capitalistas, respondía a este fenómeno profundo. Aunque no es anulada como ley básica del capitalismo, la ley del valor sufre negaciones parciales. Este es el rol que juegan el saqueo de las colonias, el monopolio, los negociados con el Estado, que no niegan que la base de la ganancia sea la explotación de la fuerza de trabajo, ni que sigue existiendo como regla general el intercambio de equivalentes. Pero el robo y el saqueo orquestado desde los Estados capitalistas

42. Trotsky, “A 90 años del manifiesto comunista” en *Naturaleza y dinámica...*, op. cit., p. 162.

43. Ticktin, “Trotsky, 1905 and the anticipation of the concept of decline” en *100 Years of Permanent Revolution*, Londres, Pluto Press, 2006, p. 35.

más poderosos, empiezan a tener una gravitación mayor que en el siglo XIX en la acumulación de capital.

Esta nueva realidad del capitalismo explica el marco general que llevó a Lenin a caracterizar el siglo XX como una época de “crisis, guerras y revoluciones”, como una época atravesada por la actualidad **de la revolución proletaria**.

ÉPOCA DE CRISIS, GUERRAS Y REVOLUCIONES

Aunque el capitalismo ha podido lograr nuevos ciclos de crecimiento, estos han sido alcanzados por crisis mucho más agudas y “cotidianas” que en los momentos en que el capitalismo todavía estaba ensanchando sus fronteras, y tenía por delante muchas ramas del trabajo por subsumir bajo su órbita.

¿Hay bases en la historia para el optimismo de los que estiman que el capitalismo puede remontar sus contradicciones mucho menos traumáticamente en este siglo XXI? No es fácil encontrarlas. Todos los gradualistas, desde Bernstein hasta quienes durante el *boom* de la segunda posguerra abrazaron teorías similares, fueron desmentidos por la historia.

Desde comienzos del siglo XX hasta la segunda posguerra el capitalismo pasó por sus períodos más convulsivos: dos guerras mundiales; la crisis del '30; revoluciones en Rusia, Alemania, China, España, México y procesos revolucionarios en otros países; el fascismo y el nazismo, sólo para nombrar los procesos más importantes, además del surgimiento de los EE.UU. como principal potencia y la correlativa declinación inglesa. Las contradicciones del sistema eran tan grandes que al capitalismo no le alcanzó con una guerra mundial para recomponerse, fue necesaria una segunda, con 100 millones de muertos y la destrucción de Europa para que el capitalismo volviese a encontrar bases para el crecimiento.

En 1921 Trotsky planteaba que las bases para un nuevo equilibrio capitalista eran endeble: “durante el período en que hemos ingresado, período de retribuciones por la destrucción y la ruina de la guerra, período de regreso al viejo estado económico, todo resurgimiento tiene que ser superficial, puesto que será provocado por la especulación, mientras que las crisis serán más largas y profundas”⁴⁴. Pero esto no negaba la posibilidad de un nuevo equilibrio capitalista: “En tal caso, el restablecimiento del equilibrio capitalista sobre nuevas bases, ¿es posible? Si admitimos por un momento que la clase obrera no se alzaré en una lucha revolucionaria, sino que le dará la oportunidad a la burguesía de dirigir los destinos del mundo durante largos años, digamos dos o tres décadas, entonces, con toda seguridad será restaurado algún tipo de equilibrio [...] Después del establecimiento de nuevas divisiones del trabajo en el mundo por semejante vía dolorosa, en quince, veinte, veinticinco años, acaso pueda comenzar una nueva época

44. Trotsky, “La situación mundial”, op. cit., p. 50.

del resurgimiento capitalista”⁴⁵. Es decir que si el proletariado no lograba evitar una futura catástrofe, el capitalismo iba a encontrar las bases para el crecimiento, y lo logró luego de la segunda guerra mundial.

Pero este crecimiento no significó la superación del “imperialismo como fase superior del capitalismo”: los *trusts* siguieron existiendo como respuesta para sostener las tasas de ganancia y evitar que la competencia liquide las bases cada vez más estrechas para la extracción de plusvalía. El *boom* de posguerra no significó una vuelta a un capitalismo de libre competencia, sino que fue posible gracias a las grandes ganancias que obtuvieron los monopolios en la reconstrucción de Europa. Es decir que el capitalismo no superó sus contradicciones, sino que sólo logró sacarlas de la escena momentáneamente. Esto lo consiguió, por un lado, gracias al llamado Estado benefactor (que surgió en EE.UU. con Roosevelt, y se asentó luego de la guerra, extendiéndose a Europa occidental apoyado por el Plan Marshall) que implicó el surgimiento de una fuerte aristocracia obrera en los países centrales. Por otro lado, como punto de apoyo fundamental para el éxito de esta política, está el rol de la burocracia stalinista, que llevó a que la ex URSS Estado fuera un factor más de contención en una situación internacional marcada por ascensos revolucionarios en Italia, etc. La ayuda de los PC stalinistas será clave para contener la revolución en el corazón de Europa. Por eso, la URSS jugando un rol contrarrevolucionario, será un factor subjetivo clave para constituir un nuevo orden mundial luego de la guerra, dominado por EE.UU.

Sin embargo, aunque las “crisis, guerras y revoluciones” salieron parcialmente de la escena en las potencias imperialistas, estuvieron presentes en la periferia durante toda la etapa. Tenemos, por ejemplo, la revolución china y la cubana. Pero más aún, a pesar del rol contrarrevolucionario que jugó la burocracia soviética a favor de las potencias imperialistas, las convulsiones lograron volver al centro: la guerra de independencia de Argelia repercutió en su metrópoli, Francia, sentando las bases para la rebelión del ‘68. Y la revolución en Angola impactó en Portugal. Algo similar, aunque con otras dimensiones, ocurrió con la guerra de Vietnam y EE.UU.

A partir de 1968, el orden de Yalta es enfrentado tanto en el centro como en la periferia capitalista: desde el mayo francés y la primavera de Praga, hasta América Latina, todo el mundo capitalista, y el dominio de la burocracia soviética será amenazado en este gran ensayo general. Las grandes potencias imperialistas son el corazón de las convulsiones: el crecimiento económico estaba abriendo paso a una profunda crisis, que expresaba las tendencias a la sobreacumulación.

Esta crisis marcaba el fin del dominio vigoroso e indiscutido de Norteamérica, que apenas duró 30 años, a diferencia del de Gran

45. Ídem.

Bretaña. La situación trágica de EE.UU., potencia en la época del capitalismo declinante, es que luego de la segunda guerra, debió encarar activamente la reconstrucción de sus ex adversarios, Alemania y Japón, para ahuyentar la amenaza de la revolución proletaria y asentar un orden mundial bajo su hegemonía. Gracias a esta ayuda, éstas se reconstruyeron tempranamente y tendieron a alcanzar a la economía norteamericana en términos de productividad ya en los '70.

Por último, así como el *boom* de posguerra se apoyó en una destrucción masiva de fuerzas productivas, la fase "gris" de cierto crecimiento que Katz señala se da desde finales de los '80 –acompañada de pocas fricciones entre los imperialismos y de un desarrollo todavía limitado de la lucha de clases– tuvo como base la contrarrevolución social que significó la ofensiva neoliberal, y la restauración capitalista en la Unión Soviética y Europa del Este. El capital ensanchó sus fronteras geográficas e incrementó la extracción de plusvalía simultáneamente. En esto jugó un rol central el relanzamiento de la carrera armamentística por parte de Reagan: el plan faraónico del escudo antimisiles, que dejó fuera de la competencia a la desgastada burocracia soviética. Esto y la crisis crónica de la producción, le permitió a la burocracia aprovechar la avanzada revolucionaria de las masas de finales de los '80 para pasar de apropiadores a propietarios capitalistas de los medios de producción, transformándola, de agente indirecto, en agente directo de la restauración capitalista. Por último, la restauración alejó definitivamente el fantasma de la revolución política, e impuso un horizonte de triunfalismo capitalista.

El neoliberalismo dio nuevo vigor al capitalismo con el ataque a las conquistas obreras, el quiebre de las burocracias de los Estados obreros y las grandes ganancias que consiguieron los monopolios al encolumnar a las burguesías semicoloniales en el desmantelamiento de todo resto de "Estado benefactor".

Pero, por otro lado, el crecimiento de la economía norteamericana estuvo acompañado, no sólo de estancamiento en Japón y magro crecimiento en Europa, sino de convulsiones catastróficas en toda la periferia. La crisis de 1997, con el hundimiento de las economías asiáticas y los sufrimientos impuestos a las masas de esos países generó un repudio en amplios sectores de la juventud y de trabajadores contra la especulación financiera y las ganancias extraordinarias de las corporaciones multinacionales.

La historia, entonces, no parece favorecer a los voceros del gradualismo que dan la espalda a la perspectiva de grandes convulsiones en el capitalismo en la actualidad, rechazando la actualidad de la revolución. Ni a los que quieren saltarse las complejidades de la dialéctica histórica, en la cual la "época de crisis, guerras y revoluciones" no niega la posibilidad de que el capitalismo logre períodos de respiro con el avance sobre las condiciones de vida de los trabajadores.

CONTRADICCIONES EN EL PANORAMA DEL CAPITALISMO MUNDIAL

Es cierto que el capitalismo no se caracteriza por una decadencia crónica e irresoluble, sin ningún desarrollo de las fuerzas productivas. Como bien plantea Ticktin, no hay contradicción entre la declinación del capitalismo y las posibilidades de un crecimiento relativamente prolongado.

Agotada la contrarrevolución neoliberal, con los contradictorios resultados de la restauración capitalista en Rusia y Europa del Este, ¿puede el avance de la restauración capitalista en China, y su rol como dinamizador de la economía mundial, ser suficiente para vigorizar el crecimiento mundial por un período más o menos largo? Hoy reina un gran optimismo al respecto, al que se suma la perspectiva del rol que pueden jugar las otras economías fuertes de la periferia, los BRICs, (Brasil, Rusia, India y China). Optimismo reforzado por el crecimiento de 4 años, y los grandes negocios que incluyen a las burguesías semicoloniales como plataformas de mano de obra barata, o proveedoras de recursos naturales y productos agropecuarios.

Pero aunque los grandes pulpos capitalistas lograron bases para un mejoramiento de las tasas de ganancias por la baja de salarios, resultado de décadas de ofensiva neoliberal y la incorporación de la oferta laboral de China, y además el menor manejo de *stocks* y capital circulante desarrollado en los últimos años llevó a la suba de la tasa de ganancia, estos elementos no han podido ser aprovechados en plenitud por el estrechamiento de la demanda, limitada cada vez más a los estratos superiores, y con un consumo crecientemente restringido por parte de los trabajadores y el conjunto de los sectores populares. Por eso, si comparamos el valor del producto mundial con las transacciones a futuro, veremos que estas últimas son cinco veces superiores a las primeras⁴⁶. Esto muestra que las bases del capital para valorizarse son estrechas en relación con la masa de capitales que circulan, con lo cual estos no pueden realizar un proceso de producción de valor y extracción de plusvalía.

Hoy, a pesar del crecimiento fuerte de la economía mundial en los últimos años, la crisis amenaza a la economía norteamericana, con sus crecientes déficit gemelos, y un fuerte consumo basado en un gran endeudamiento. Ya hemos dado cuenta en otros trabajos del deterioro económico y social de la economía norteamericana, es decir, “la fuerte pérdida de la base manufacturera o erosión de su base industrial”⁴⁷.

EE.UU. es, sin embargo, por su consumo, la base del actual crecimiento mundial. Ni Japón ni Europa, mucho menos China, pueden aspirar a

46. Stroupe, “Crisis towers over the dollar” en *Asia Times Online*, 25/11/2004.

47. Juan Chingo, “La debacle en Irak y la decadencia de la hegemonía norteamericana” en *Estrategia Internacional*/Nº 23, diciembre 2006.

reemplazar a EE.UU. como gran consumidor mundial⁴⁸. Pero por otra parte “detrás de este deterioro de la posición comercial, hay una realidad aun más profunda que es la pérdida o el rezago tecnológico. Por ejemplo, la vanguardia de la ‘nueva economía’ y la informática, constituyeron la revolución de las telecomunicaciones”⁴⁹.

En el marco de los comienzos del ocaso de la hegemonía norteamericana –en el que es impensable la abdicación pacífica de su actual posición dominante en el sistema internacional– se agravan los elementos que no sólo ponen en cuestión las posibilidades de sostener el actual ciclo de crecimiento, sino que indican que éste podría tener un fin abrupto. Por otra parte, los elementos que actuaron como contención de las crisis durante la posguerra, principalmente el rol del Estado de bienestar en EE.UU. y Europa occidental, y el stalinismo como pilar del orden de Yalta, o desaparecieron o se encuentran en profunda crisis. Los elementos tanto coyunturales como más estructurales, indicarían más bien que el actual ciclo de crecimiento de la economía mundial es efímero, y probablemente un preludio de agudos estallidos, potenciados por la situación de decadencia de la hegemonía norteamericana.

ACTUALIDAD NO ES INMINENCIA

Sin embargo, que estemos en la época de “crisis, guerras y revoluciones”, no significa que éstas estén a la vuelta de la esquina. Señala la actualidad de la revolución, aunque no siempre su inminencia. Pero el catastrofismo del PO transforma la época de crisis, guerras y revoluciones, en “crisis inmediata y generalizada”: cada caída bursátil es el preámbulo de un nuevo *crack* que se viene de manera inexorable. Incluso van más allá que la corriente lambertista de la que fueron parte hasta fines de los ‘70. Si esta corriente sostenía que había una crisis revolucionaria ininterrumpida desde 1943 en adelante, Rieznik retrotrae esta situación... ¡hasta 1848! Casi 160 años de inminencia de la revolución. Desaparece así cualquier especificidad de la época imperialista.

Así como el gradualismo de Katz es la renuncia a un pensamiento estratégico de la revolución, el carnaval de la revolución que nos propone Rieznik, independientemente de los factores objetivos y subjetivos, expresa la incapacidad de comprender las complejidades de la dialéctica histórica. El marxismo, a diferencia de los distintos catastrofismos o estancacionismos, busca captar las complejidades del movimiento del capitalismo, cuya sobrevida, sólo puede darse a costa de los trabajadores y de una gran destrucción de fuerzas productivas. Por eso, para definir con claridad las

48. Según un informe elaborado por Mastercard, China tiene una capacidad de consumo similar a la de España. Por otra parte, Japón apenas supera un tercio la capacidad de consumo de EE.UU., y Alemania está detrás de ésta (“Chasing the mythical China consumption boom”, 08/01/07).

49. Juan Chingo, op. cit.

tareas del momento, y la situación del proletariado para proponerse el derrocamiento del capitalismo, es fundamental definir y separar con claridad los momentos de crisis abierta de los que no lo son.

Para poder abordar la dialéctica histórica, y no perderse en un mar de catástrofes invariables, es fundamental recordar con Trotsky que la actual etapa del capitalismo “revela más abiertamente que nunca la conexión entre la economía capitalista, que ha llegado a la cima de su saturación, con la política capitalista, que se ha transformado hasta ser completamente desenfundada”⁵⁰.

El rol mucho más entrelazado entre economía y política para influir en los virajes de situación, es analizado por Trotsky a través de su estudio del equilibrio capitalista. ¿Cuál es la noción de equilibrio capitalista para Trotsky?: “El equilibrio capitalista es un fenómeno complicado; el régimen capitalista construye ese equilibrio, lo rompe, lo reconstruye y lo rompe otra vez, ensanchando, de paso, los límites de su dominio. En el dominio económico, las crisis y las recrudescencias de la actividad constituyen las rupturas y restablecimientos del equilibrio. En el dominio de las relaciones entre las clases, la ruptura del equilibrio consiste en huelgas, en *lock-outs*, en lucha revolucionaria. En el dominio de las relaciones entre Estados, la ruptura del equilibrio es la guerra generalmente, o bien, más solapadamente, la guerra de las tarifas aduaneras, la guerra económica o bloqueo. El capitalismo tiene pues un equilibrio inestable que de vez en cuando se rompe y se compone. Al mismo tiempo, semejante equilibrio posee gran fuerza de resistencia: la mejor prueba que tenemos de ella es que aún existe el mundo capitalista”⁵¹.

El método de Trotsky, única base para lograr una verdadera articulación entre las determinaciones del capitalismo mundial y las particularidades con las que éstas se desarrollan en uno u otro Estado, permite también integrar los distintos giros de la situación, el pasaje del equilibrio capitalista a la catástrofe se puede abordar bajo una unidad metodológica, como momentos en los que se articula de distinta forma, la situación económica, la relación entre los Estados y la lucha de clases en el centro y en la periferia capitalista.

Tanto Katz como Rieznik muestran su miseria de método frente a esta noción de equilibrio inestable. Las contradicciones del actual momento, que se acumulan pero aún no han estallado de forma catastrófica, pueden ser abordadas desde esta noción, para prever los giros probables, y deducir acertadamente las tareas que debemos llevar adelante los marxistas.

4. A MODO DE CONCLUSIÓN

Katz y Rieznik son dos polos opuestos pero que comparten una lógica economicista y se retroalimentan. El primero apela a las críticas al

50. Trotsky, “La curva del desarrollo capitalista” en *Naturaleza y dinámica...*, op. cit. p. 73.

51. Trotsky, “La situación mundial”, op. cit., p.31.

catastrofismo con el objetivo de disfrazar de socialista su gradualismo. Embelesado por el actual crecimiento económico, inventa un socialismo donde no lo hay. Su análisis de los nacionalismos radicales, de la disputa entre “neodesarrollismo y socialismo” tiene la función de embellecer la situación actual y justificar a gobiernos como el de Chávez.

La respuesta de Rieznik, lejos de utilizar el marxismo para llamar a las cosas por su nombre, le contrapone una catástrofe constante, derivada de las contradicciones “insalvables” del capitalismo, que saltea la **dialéctica** real del proceso histórico. Por eso, el resultado de su respuesta no es más que una reedición farsesca del debate entre reforma o revolución, que poco aporta para pensar los desafíos a los que debemos responder los marxistas hoy. Y que en última instancia, como promete la revolución “inminente”, habilita a sobreestimar cualquier lucha por mejoras bajo cualquier circunstancia objetiva y subjetiva. Porque como ya vimos con Kautsky, el discurso teñido de catástrofes no es garantía de una práctica revolucionaria.

Pero para cambiar la realidad, primero hay que comprenderla. Si al estatismo burgués lo llamamos socialismo, si en pleno auge económico sólo vemos catástrofe inminente, poco podremos hacer. Marx, al crecimiento de 1850, lo llamó crecimiento, sin por ello perder el horizonte de la revolución. Y Trotsky, a los nacionalismos burgueses los llamó por su nombre, sin por ello dejar de reconocer las medidas progresivas que tomaron pero tampoco renunciar al desarrollo de la independencia política del proletariado.

Para responder a los Sombart “socialistas”, que teorizan sobre el socialismo del siglo XXI alejándose de la perspectiva de la revolución, no hace falta desfigurar el marxismo. El método de Marx, su estudio de las condiciones concretas y su comprensión de las leyes fundamentales del capitalismo, enriquecidas por los análisis de los revolucionarios en el siglo XX, son un punto de partida mucho más fructífero para enfrentar a los nuevos escépticos de la revolución.

La actualidad de la revolución no es una receta que se aplica ciegamente, como lo utiliza Rieznik: “El pensamiento revolucionario no tiene nada en común con la idolatría. Los programas y las predicciones se verifican y corrigen a la luz de la experiencia, que es el criterio supremo de la razón humana”⁵².

En ese sentido es importante la recuperación de la noción de la declinación capitalista, para no limitarse a señalar que el capitalismo “se mantiene en pie”, ni contentarse con agregar que lo hace “catastróficamente”. Esta noción permite comprender cómo el capitalismo no permanece en una decadencia inmóvil, sino que pueden darse momentos de prosperidad relativa, como por ejemplo sucedió luego de la segunda guerra mundial (una de las mayores catástrofes que vivió el capitalismo)⁵³. Así como el imperialismo, con el

52. Trotsky, “A 90 años del Manifiesto Comunista”, op. cit., p. 162.

53. En *Estrategia Internacional*/Nº 19 afirmamos que el capitalismo de posguerra pudo alcanzar, al decir de Gramsci, una “superación” en términos del crecimiento de un sistema que siempre se ha desarrollado ‘en la crisis’, en medio de ‘elementos que se equilibraban e

mayor control del capital financiero, el desarrollo de los grandes *trust* y el salto en la socialización de la producción, fue definido por Lenin como un gran tributo del capitalismo hacia el socialismo, el americanismo, y el rol jugado por el Estado capitalista en la posguerra para atenuar los ciclos económicos, garantizando demanda adicional (keynesianismo militar), interviniendo los mercados financieros y desarrollando el Estado de bienestar, era también una negación parcial por medio de la acción de los Estados de los países capitalistas más avanzados, para asegurar la perpetuación del capitalismo. Pero junto con esto, tampoco puede pasarse por alto que la sobrevida del capitalismo no es gratuita. Su perpetuación, aunque posible, impone costos altísimos. El *boom* de posguerra exigió una carnicería de millones de personas. Que el capitalismo es declinante significa que los costos de sobrevivir a futuras crisis de semejante magnitud serán probablemente mayores.

A contramano de los Katz que abrazan como novedad socialista los “nacionalismos burgueses” del capitalismo declinante, pero también de los catastrofistas incapaces de distinguir el momento de transición hacia la crisis de la irrupción de la misma, nos preparamos política y programáticamente para prever las nuevas “catástrofes” a las que conducirá el capitalismo y preparar la intervención revolucionaria en ellas, en vez de anunciar alegremente la inminencia del “derrumbe”.

inmunizaban’. [...] es la respuesta capitalista al nivel más alto a las contradicciones insanables que nacen de la estructura y que ‘las clases dominantes tratan de resolver y superar dentro de ciertos límites’”. Emilio Albamonte y Manolo Romano, op. cit.